

## UN CORTE Y UNA QUEBRADA

La abuela Malena cumplía ochenta años, un momento muy especial para la familia. Su hija, Andrea, era la encargada de organizar la fiesta. La lista de invitados era extensa por lo popular que había sido siempre su madre.

Esta es su historia:

Desde su adolescencia había sido una mujer a la que le encantaba organizar eventos sociales, ferias para juntar juguetes para los niños carenciados, bailes de beneficencia pro ayuda compra elementos indispensables para los hospitales; cenas donde se subastaban cuadros de pintores famosos para los necesitados, y muchas cosas más. Luego, cuando dejó la escuela, siguió siendo proactiva en la sociedad: fue presidente de la Sociedad de Fomento de su barrio, los fines de semana le gustaba salir a cenar con sus amigas, y lo que más le fascinaba era ir a la tanguería, bailarse unos hermosos tangos y milongas. Abrían pista para verla bailar con su compañero de aventuras, Rodolfo.

A pesar de la época en que le tocó vivir fue una mujer que no se dejó controlar por los patrones que la sociedad imponía, no se casó joven, antes quería formarse un futuro y así lo hizo. Entró a la Universidad, se recibió de Licenciada en Literatura y Letras, y entró a trabajar a la Escuela Nacional N° 2 de su ciudad. La llegaron a adorar y respetar como profesora. Amaba tanto su profesión que logró que sus alumnos no sólo leyeran sino que apreciaran y analizaran lo que leían. El viernes, último día de la semana, había sido el elegido para debatir en el aula las grandes obras de la literatura. Malena hacía poner a sus alumnos en círculo, luego cada uno exponía, reflexionaba sobre lo leído y disfrutaban tanto que la hora se pasaba velozmente. Los métodos de Malena se habían transformado en tema de discusión en sala de profesores, donde había grupos a favor y otros en contra. Pero nunca hicieron mella en ella, que hasta el último día que estuvo en el aula, lo siguió practicando ya que le dejó una sensación muy agradable y reconfortante el ver cómo sus párvulos crecían y se hacían críticos en el arte de la literatura. También se sintió halagada al asistir a la colación de grado de varios de sus educandos que abrazaron esa profesión por su ejemplo.

Su temperamento inquieto no permitía que se quedara en casa sentada en un sillón y tejiendo escarpines para sus nietos; así que cuando se jubiló como profesora, siempre tenía algún evento que organizar o una invitación a cenar, al cine, a aprender pintura, clases de yoga y, por supuesto, siguió concurriendo a La Cueva a bailar tango con sus amigas y Rodolfo. También, como le sobraba el tiempo, se dedicó a disfrutar viajando con el amor de su vida, el único que conquistó su corazón de verdad y al que le dio el sí cuando entre tango y tango le declaró su amor y le propuso casamiento. Ese amor es Aníbal.

Malena recuerda ese hecho como si fuera hoy, y en cada oportunidad que tiene de compartir el día con su única nieta, Milena, le cuenta una y otra vez ese momento.

-Fue un cinco de diciembre, recuerdo que hacía mucho calor en el sótano donde íbamos a bailar. Yo llevaba un vestido negro, con un tajo del lado derecho que le daba movilidad a mi paso cuando bailaba, y zapatos de tacos altos color peltre. Estaba tocando la orquesta típica del maestro Florencio Castro, interpretaban "El Choclo", mi favorito; así que dejé mis cosas en la mesa que ocupábamos cada noche y salí a mostrar mis dotes de bailarina con mi compañero, como siempre abrieron cancha para vernos bailar. Rodolfo me hacía sacar viruta al piso, nos entendíamos muy bien y ambos lo disfrutábamos. Fue una pieza seguida de otra hasta que terminé extenuada y pedí

ir a la mesa a tomar algo y descansar mis pies. Mis amigas habían pedido vino blanco, bien helado, estaba refrescando mi garganta cuando a lo lejos recostado sobre la barra lo vi. Estaba vestido con un traje de franela gris, zapatos negros lustrados y tenía en su mano derecha un vaso de algo que no llegaba a vislumbrar qué podía ser. Me miraba, en un momento levantó el vaso, lo dirigió hacia mí y me dedicó un brindis, yo lo acompañe con mi vaso y sigo conversando con las chicas naturalmente. Tanto bailar me había cansado y al otro día tenía una agenda bastante cargada de compromisos sociales, así que me retiré, salude a cada uno de los presentes y cuando estaba saliendo me cortó el paso el desconocido de la barra:

“-¿Ya se va? -me dijo.

-Sí... -le respondí.

-¡Qué pena! Tenía intenciones de que tomáramos algo, conversáramos, nos conociéramos, todo con el debido respeto que me merece por supuesto, no vaya a creer que soy un vivillo que molesta a señoritas bien educadas como usted.”

-Realmente estaba cansada, pero... había sido tan caballero en su pedido que accedí a tomar sólo una copa con el extraño y luego sí me iría a dormir. La conversación se puso tan animada que se hizo de madrugada cuando abandonamos el lugar; me llevó hasta mi casa en su auto, un Ford rojo con tapizado de cuero color crema y llantas cromadas. Muy lindo, demasiado aparatoso para la sencillez de quien lo conducía. Cuando me dejó en la puerta de casa se despidió con un apretón de manos y la promesa de que lo dejara volver a verme. Le dije que íbamos todos los sábados a bailar tango, que ahí nos podíamos volver a encontrar e incluso si era su deseo sacarme a bailar. Fue entonces cuando dijo que él no sabía bailar tango, y con una sonrisita tímida remarcó: “en fin la verdad que no sé bailar nada. En cambio usted, la he observado esta noche y es un placer ver cómo se desliza con elegancia por la pista, imposible sacar los ojos de tan hermosa dama. También pude percatarme de su risa, resonaba como calandria por todo el salón y tiene una boca hermosa para lucir semejante sonrisa”. Tanto halago hizo que me ruborizara, él lo notó, y no queriendo incomodarme se disculpó, me volvió a dar la mano y se dirigió a su auto desapareciendo por la calle treinta tres de mi barrio. Ay Milena, que lindo que fue todo el romance con Aníbal, éramos tan diferentes, nos gustaban cosas totalmente opuestas y sin embargo nos complementábamos tan bien. Formábamos la pareja perfecta, envidia de todos. Una de las tantas noches de sábado, yo bailando en la pista como siempre y él mirando desde la barra, esperó a que terminara la música, se acercó a mí, le pidió a Rodolfo que nos dejara a solas, metió la mano en un bolsillo, sacó una cajita de terciopelo negro, la abrió y mirándome profundo a los ojos me hizo la tan ansiada pregunta: “Malena... ¿me haría usted el honor de aceptar ser mi esposa?”, mis ojos se llenaron de lágrimas de emoción, tanto había esperado que este muchacho tímido se animara a decir esas palabras, que no pude más que mover la cabeza de arriba abajo una y repetidas veces. Luego nos abrazamos y me dio el beso más largo de todos los que me daría en mis años de vida.

Milena escuchaba una y otra vez esta historia de amor y soñaba con encontrar ella también al príncipe de su vida.

-Contame más abuelita...

-No hay mucho más para contar nena, Aníbal, tu abuelo, y yo nos casamos en la Iglesia de San Nicolás, un día frío de julio; todas mis amigas y Rodolfo estaban ahí, también las compañeras del colegio Nacional N° 2, las damas de la Sociedad de Fomento, algunos alumnos que habían querido acompañar a su profesora preferida en ese día tan especial. La iglesia estaba colmada de

gente porque yo tenía muchas actividades y todos querían acompañarme. Era un día tan especial Milena, ojalá a vos te pase lo mismo cuando tengas edad de enamorarte y casarte mi reina.

-Abu, contame cómo era tu vestido.

-Mi vestido era de color crema, en realidad había sido el vestido de mi mamá, o sea tu bisabuela. Yo lo había guardado muy bien porque sabía que algún día lo iba a usar. Era muy hermoso, todo de encaje, con muchos botoncitos en la espalda y una cola larga; en el cabello me había puesto una coronita de flores que mis amigas me habían armado la noche anterior, cuando nos juntamos para celebrar mi última noche de soltera. Aníbal también estaba radiante ese día. Ya no lucía triste y aburrido sino todo lo contrario. Tenía un traje azul con una corbata negra, y se había dejado el pelo sin fijador lo que le daba un aire más juvenil. Ambos estábamos tan contentos que nuestros rostros refulgían. No tuvimos Luna de Miel, en esos tiempos no se estilaba tanto, apenas nos fuimos unos días al campo, a la casa de sus padres, y luego cada uno a nuestras actividades cotidianas otra vez. Pero ya nada era igual, porque ahora hacíamos todo de a dos, había encontrado un compañero para mis actividades, y al llegar a casa después del trabajo nos teníamos uno al otro para contarnos nuestro día y nuestras cosas. Nunca nos separamos y jamás me arrepentí de haber dicho sí esa noche en la tanguería.

-Mamá, Milena, ¿dónde se metieron? -Se sobresaltó al escuchar la voz de su hija.

-¿Qué hora es querida?

-Son las ocho abuela...

-Por dios cómo pasó el tiempo, vamos, tu mamá nos llama y tenemos que prepararnos para mi gran fiesta de cumpleaños.

-Sí Abu, vamos.

En la actualidad es muy bella, su cutis blanco y transparente había sido siempre la envidia de todas las mujeres, sus ojos azules, penetrantes y profundos eran el sueño de todos los caballeros que la pretendieron en sus años mozos. Sus cabellos, de un tono rubio ceniza, hoy estaban surcados de hilos plateados; y a pesar de la edad, todavía mantenía su forma delgada, esbelta, de movimientos graciosos, seductores. Y aquello que enloquecía a los hombres: su boca carnosa, sensual, que pintaba y siguió pintando de rojo intenso, mantenía la frescura de su juventud.

Todo estaba listo para el cumpleaños, Andrea había decorado el salón al estilo del vodevil donde su mamá iba a bailar con sus amigas. Todos los invitados debían llevar algo alusivo al tango. Malena estrenó un hermoso vestido color negro de encaje elastizado, con un tajo que dejaba libre su pierna; envolvía su cuello un hermoso collar de perlas auténticas, regalo de su amado esposo. Bajó las escaleras al ritmo de "El Choclo", y ahí lo vio venir de lejos con el clavel en el ojal, el traje antiguo, el pelo ensortijado y, pensó, ahí está el amor de mi vida. Se tomaron de la mano. Le dijo feliz cumpleaños amor. La acompañó a la pista y la entregó a Rodolfo que la hizo girar al ritmo del dos por cuatro como ayer.